

tentan aquel lujo religioso para que se sepa quién es el que lo paga.

Calí, la diosa del asesinato y de la sangre, tiene siempre numerosos adoradores; pero se ciñen á un culto puramente platónico, y los thugs, que deben gran parte de su reputación á las invenciones de nuestros novelistas, en vez de víctimas humanas, se contentan con ofrecerle bollos de miel.

La única fiesta que en Bengala recuerda un poco el pasado por sus esplendores y la afluencia de los asistentes, es la poudja de Setiembre, donde se invoca á casi todos los dioses, y más especialmente á las diosas Sarasoudy, Latchoumy y Parvady, mujeres de la famosa trinidad india, Brahma, Vischnou y Siva.

Pero es preciso confesar que los bengaleses tienen un modo muy raro de honrar á sus dioses, pues exhiben en ciertas circunstancias á los ojos de sus hijos y mujeres las imágenes más desagradables y obscenas, y representan las escenas más impúdicas y repugnantes.

En público, los actores van vestidos á la moda india, pero en el interior de los palacios de los ricos, la licencia no tiene límites, y la mayor parte de los personajes salen en el traje primitivo.

A veces se visten á la europea para representar las escenas más singulares, vengándose así en secreto de sus amos, ridiculizándolos en sus costumbres.

Su comedia tradicional posee un personaje llamado Ranguin, por el estilo del Pucinello italiano y del Guignol del Mediodía de la Francia, pero mucho más pillo que estos últimos, pues es glo-

ton, embustero y ladrón, y representa la impureza llevada á sus últimos límites.

Voy á procurar dar una idea á mis lectores de este personaje, que tanto divierte á los indios de todas edades y condiciones.

Una vez obtuve el permiso del tchaoukidar, ó jefe del pueblo, para asistir á una representación indígena que se representó en uno de los patios interiores de su casa. Cuando me introdujeron en medio de la asamblea allí reunida, el abominable Ranguin estaba en escena, y hacía morir de risa á los concurrentes con sus graciosos chistes.

Después de haberse burlado de cuanto se llama en Europa las bases sociales, de haber arrastrado por el lodo los principios de autoridad, el muy tunante declara que todos los hombres están en el mundo para divertirse, y que él no encuentra nada mejor que los placeres del amor... De suerte que no tiene más ocupación que poseer á todas las mujeres que encuentra, bien sea por la seducción, bien por la fuerza. Pasa en esto una inglesa, con sombrero verde manzana, que pasea por el campo su melancolía. Ranguin le hace una declaración... ella resiste, y el tunante la sacrifica por fuerza sobre el altar de Citerea... Llega la criada buscando á su señorita, y sufre su misma suerte. Viene luego la madre pidiendo su hija á voces, y tampoco es respetada... Por fin aparece el padre, anciano de largas patillas, que viene á saber lo que le ha pasado á toda su familia. Ranguin se lanza sobre él... En aquel instante me levanté y me fui; no quise ver más.

Estas son las innobles diversiones á que se entregan esas poblaciones enervadas contra sus



opresores, y á quienes la opresion sacerdotal ha quitado toda idea de patria, de dignidad y de moral.

Verdad es que Ranguin en público se muestra más moderado, y se contenta con *decir* lo que pone en accion en las representaciones privadas.

Las farsas indias que se representan en público se parecen bastante á las «farsas y misterios» de los actores de Bengala en las fiestas religiosas.

En resúmen, sólo en las provincias del Sur del Indostan, y principalmente en Ceylan, es donde despliegan las fiestas brahmánicas toda su magnificencia.

¡Qué espectáculo el de esa inmensa muchedumbre que sigue á la estatua del dios, y donde no se encuentra ni un incrédulo, ni un ateo, ni un hombre que no esté pronto á dar su vida por aquellas absurdas y supersticiosas creencias!

La India entera se ve representada en la gran fiesta de Kandah-Swany. Las gentes de Behar y Kanawer que se reúnen allí son de gran estatura y de pálido rostro, y se distinguen de las de Orissa y Karnatic por su color más negro. Dejan sus elefantes y sus equipajes al otro lado del estrecho, guardados por algunos de entre ellos, y me gustaba mucho verlos pasar por las calles del pueblo de Wannapané, meditabundos y pensativos, con la vista fija en las montañas de donde han venido.

Un dia pregunté á uno de ellos, que se habia quedado hasta hora avanzada de la noche á la orilla del mar, si sufría algun dolor que le impedia conciliar el sueño.

—No, — me respondió; — pero vengo aquí á

respirar el aire de mi país que el viento del Norte trae á estas horas.

Y extendió la mano en la direccion del Himalaya.

Otros indios venian del Aoude, Allahabad, Deypour y Marwar, que se distinguen por sus cabellos largos y sus turbantes verdes, y otros de Coimbatour, Kouara y Balayaht, de la costa de Coromandel, el Malabar y Guzzerah. Cuando se acabó la fiesta, aquella inmensa muchedumbre se esparció en todas direcciones, y poco á poco Jaffnapatnam, Wannapané y los pueblos vecinos volvieron á tomar su aspecto acostumbrado.

Todos los años, en la misma época, tienen lugar idénticas ceremonias, pero sólo cada cinco años afluye tan gran concurrencia.

Como nadie me ha podido explicar los motivos que haya habido para establecer aquella costumbre, he creido que tal vez se remontaria su origen á la época en que los brahmas ejercian tan gran influencia en la India entera y en Ceylan, y que sin duda la establecieron para que las pagodas de una misma provincia pudiesen atraer sucesivamente el mismo número de concurrentes.

La religion brahmánica es tan poco conocida en Europa, las obras que tratan de ella tan raras y tan poco conocidas por la generalidad de las personas, que me parece necesario dar algunas nociones de este culto, de donde han emanado todas las religiones antiguas y modernas, exceptuando el cristianismo.

Generalmente se tiene una idea poco exacta sobre esta religion, puesto que los viajeros no han revelado de ella más que supersticiones y cere-



monías ridículas, sin reflexionar que las formas exteriores de un culto no pueden servir, sobre todo en Oriente, para juzgar sus dogmas y su moral.

La religion india no admite más que un solo Dios, y Manou, en su libro de la ley, lo define así:

«Aquel que existe por sí mismo, que sólo el espíritu percibe, que escapa á los órganos de los sentidos, que es el alma de todos los séres, y que nadie puede comprender.»

La Maha-Barada da la definicion siguiente:

«Dios es uno, inmutable, infinito, omnisciente, omnipotente y omnipresente; él es el que ha hecho los cielos y la tierra de la nada, lanzándolos en los espacios infinitos; él es el divino motor, la gran esencia original y la causa eficiente y material de todo.»

Tres personas concurren á formar ese Dios, que son Brahma, Vischnou y Siva, y esta divina trinidad (en sanscrito trinidad), dicen los libros sagrados y los brahmas, es indivisible en su esencia; misterio profundo que la inteligencia del hombre no podrá comprender hasta que sea admitido en el seno de la Divinidad.

Brahma representa el principio creador, y lleva en sanscrito el nombre de *pitri*, padre.

Vischnou es el hijo de Dios que se ha encarnado en la persona de Christna, y que vino al mundo para salvar á la humanidad, y morir, luégo que hubo llevado á cabo su obra, de una muerte violenta é ignominiosa.

Siva, en fin, es el principio de la destruccion y de la regeneracion por medio de la transfiguracion; imágen de la naturaleza, que encierra en sí los dos principios opuestos de vida y disolu-

cion; es el espíritu que preside á ese eterno movimiento de existencia y de descomposicion que es la ley de todos los séres.

Como se ve, la India tiene una trinidad, de tres personas distintas, pero que tienen los mismos caracteres.

No me extenderé ya más sobre los atributos de la Divinidad, que está exenta de supersticion.

Cuando Brahma salió de su inmovilidad para animar al mundo, creó primero los devas, ó espíritus inferiores, con que pobló el cielo; pero apenas existieron, que la mitad de ellos se rebeló contra su Creador. Arrojados de las mansiones celestiales, se convirtieron en rakchasas, ó genios maléficos, que se ocupan sin cesar en tentar á los hombres, y especialmente á los piadosos ermitaños, que tienen que implorar el socorro de los devas que han permanecido fieles.

Estos espíritus malos están divididos en muchas categorías.

Hay unos más poderosos que otros, y por eso el mal nació en el mundo.

Despues de haber creado los devas, Dios, segun la expresion de Manou, «desarrolló la naturaleza». El mundo estaba sumergido en el caos, imperceptible, desprovisto de todo atributo distintivo, no pudiendo ni ser descubierto ni revelado por el razonamiento. Parecia estar enteramente entregado al sueño.

Creó primero la tierra, el sol, la luz, las estrellas, las plantas y los animales, y despues, por fin, al hombre.

Respecto á la creacion del hombre, hay dos versiones distintas: la de los tiempos antevédicos



y de Ceylan, y la inventada despues por los brahmas en interes de su poder.

En mi primer viaje á la maravillosa isla de Lanka, en donde colocan las leyendas de la India la cuna de la humanidad, y en mis excursiones á las montañas del pico de Adan, he hablado del poético nacimiento de Adhima y Heva, así como de su desobediencia á las órdenes de Brahma, desobediencia que les hizo ser arrojados del Paraíso.

Viene luégo el diluvio.

Esta tradicion india es la misma que se conoce. Un hombre justo, Waivaswata, prevenido por el Señor del cataclismo que iba á tener lugar, construyó un buque y se metió en él con toda su familia y macho y hembra de toda clase de animales, y volvió á poblar el globo.

En estas ardientes latitudes, en que la imaginacion rodea de ficciones las cosas más sencillas, los poetas han contado de cien maneras distintas esta leyenda de las primeras edades.

Segun unos, Waivaswata y su mujer, despues de haber sido salvados milagrosamente, tuvieron muchos hijos que se dividieron el mundo; segun otros, apénas salieron del arca echaron piedras en el lodo, y de allí salieron hombres al momento; una de estas versiones la admitió la Judea; la otra, la Grecia.

Cuando, despues de la época patriarcal y védica, los sacerdotes brahmas dividieron el pueblo en castas, para consolidar su despotismo y darle la consagracion religiosa, sustituyeron la leyenda de Adhima y Heva con otra leyenda que atribuia á Dios sólo las diferentes clases que establecieron en la nacion.

Segun esta creencia, que no ha dejado huella alguna en los escritos de la India que se remontan hasta los patriarcas, despues de haber producido la materia, Brahma creó al hombre de la manera siguiente:

De su boca hizo salir al brahma, es decir, al sacerdote; de su brazo, al xchatria, es decir, al rey; de su pierna nació el vaysia, es decir, el mercader, el cultivador, y de su pié sacó el soudra, es decir, el esclavo.

A los brahmas se les reservó la enseñanza de los Vedas ó escritura santa, el cumplimiento del sacrificio, y representantes directos de Dios, ellos fueron los amos y propietarios de la tierra entera, no siendo las otras clases más que usufructuarios, conforme le agradase al sacerdote.

Los xchatrias gobernaron los pueblos bajo la autoridad de los brahmas, que les delegaron una parte de su poder.

Los vaysias tuvieron que cultivar la tierra, criar los animales y hacer el comercio; sobre ellos gravitaba todo el peso del impuesto, estando encargados de proveer al lujo de las clases superiores. En cuanto al soudra, creado el último y salido de las partes ménos nobles de la Divinidad, su objeto puede traducirse en dos palabras: obedecer y servir. Él fué el esclavo de las otras castas.

La liquidacion del sistema brahmánico, que nuestros padres han traído del Asia, dura aún...

Al arrojar Brahma de la isla de Ceylan, adonde no debian volver á entrar, á Adhima y á Heva, despues de su desobediencia, conmovido, sin embargo, por su arrepentimiento, les prometió un re-



dentor, que encarnándose en el vientre de una mujer, vendría á rescatar su falta.

Este nacimiento del hijo de Dios, predicho constantemente despues por los santos profetas, tuvo lugar en la provincia de Madura, al Sur de la India.

Segun el Bagaveda-Gita, que hace su genealogía, la vírgen Devanaguy, descendiente de los reyes más ilustres de la India, fué fecundada (cubierta dice la expresion sanscrita) por los rayos divinos de Vischnou, que se encarnó así en su seno, naciendo Christna. (La palabra Kistna, ó Christna, significa divino, sagrado.)

El rajah de Madura, tio de Devanaguy, hombre cruel y aborrecido de sus vasallos, habiendo soñado que su sobrina daría á luz un niño que debía despues castigarle de sus crímenes y destronarle, la puso presa, para que no pudiese ser madre. En aquel calabozo la fecundaron los rayos de Vischnou, y habiéndose apercebido el tirano Kansa del embarazo de su sobrina, redobló su vigilancia para apoderarse del niño que iba á nacer.

La noche del parto, al lanzar Christna los primeros gritos, un huracan violento arrancó las puertas de la prision y mató á los centinelas, y Devanaguy fué llevada con su hijo á la casa del pastor Nanda por un emisario de Vischnou, que enteró á éste del depósito que se le confiaba.

Al saber el parto y la fuga milagrosa de su sobrina el tirano de Madura, en vez de comprender que la mano de Dios pesaba sobre él, y de cambiar de conducta, resolvió proseguir por todos los medios que estuviesen á su alcance sus de-

signios, que eran matar al hijo de Devanaguy.

Para conseguirlo más fácilmente, «ordenó la degollacion en todos sus Estados de los niños varones» que hubiesen nacido la noche en que Christna vino al mundo.

Un grupo de soldados, guiados por la inspiracion de un rakchasa (demonio) que queria impedir los designios de Vischnou, llegó á la choza de Nanda, y cuando éste iba á armar á sus servidores para defender á Devanaguy y su hijo, éste, que era un niño de pecho, creció de repente hasta convertirse en un muchacho de diez años, y corrió á jugar en medio de un rebaño de ovejas.

Los soldados pasaron al lado suyo, sin sospechar nada, y no encontrando en la granja niño alguno de la edad del que buscaban, prosiguieron su camino.

Toda la infancia de Christna se pasó en medio de los peligros suscitados por aquellos que tenian interes en darle muerte; pero salió victorioso de todos los peligros, destruyendo los obstáculos que se le presentaban.

Llegado á la edad viril, se rodeó de algunos discípulos fervientes, y atacando la corrupcion de los sacerdotes brahmas, se puso á predicar las doctrinas primitivas de la ley natural.

Recorrió la India entera predicando esta doctrina.

Le gustaba pararse en las aldeas, á las orillas del camino, enseñando su doctrina con parábolas y en conversaciones familiares que sabía apropiar admirablemente á la inteligencia de sus auditores.

Pero la India tenia sus fariseos, sus hipócri-



tas, sus ultramontanos, cuya santa ociosidad y buenas prebendas venía Christna á perturbar. Era uno de esos hombres que vienen periódicamente á recorrer el velo que oculta á los pueblos el secreto con que se los explota, y los brahmas, temblando por su poder, le acribillaron de flechas, suspendiéndole á las ramas de un árbol para que fuese presa de las aves carnívoras.

La noticia de su muerte se esparció inmediatamente en el pueblo, y una multitud inmensa de todas clases y condiciones fué conducida por Ardjouna, el más querido de los discípulos de Christna, para recoger sus restos sagrados. Pero el cuerpo del hombre-dios había desaparecido. Sin duda se había vuelto á las celestes mansiones de donde vino y el árbol á que estaba clavado se cubrió súbitamente de grandes flores rojas que esparcían á su alrededor los más suaves perfumes.

No me extenderé más largamente sobre la vida del redentor indio; es preciso leer en el mismo texto de las obras sanscritas las sublimes conversaciones de Christna con sus discípulos, y particularmente con Ardjouna, para comprender su divina esencia.

No me es posible en un libro de viajes hacer comprender convenientemente la influencia que la moral y los ejemplos de aquella gran figura ejercieron por espacio de millares de años en la sociedad india.

Sin embargo, no quiero dejar de citar los consejos que da Christna al que desea santificarse por el estudio de la santa escritura, que es el Veda, haciéndose digno de enseñárselo á los otros.

Voy á sacar la traducción de este pasaje y de

la parábola que le sigue de mis estudios religiosos sobre la India:

«Que el sacerdote brahma haga todos los días las prácticas de las devociones piadosas, y someta su cuerpo á las austeridades más meritorias.

«Que tema todo honor mundano más que el veneno y que desprecie las riquezas de este mundo.

«Que sepa que por encima de todo está el respeto de sí mismo y el amor del prójimo.

«Que no se deje llevar de la cólera, ni use malos tratamientos ni aún con los animales, que se les debe respetar en la imperfección que Dios les ha concedido.

«Que no lleve jamás paraguas ni zapatos, porque el sufrimiento es su destino.

«Que huya de los deseos sensuales, la envidia y la avaricia.

«Que huya del baile, del canto, de la música, de las bebidas fermentadas y del juego.

«Que no calumnie ni murmure.

«Que no mire á la mujer del prójimo con amor y que se abstenga de abrazarla.

«Que no tenga jamás contiendas.

«Que su casa, su alimento y su vestido sean siempre de los más modestos.

«Que tenga siempre su mano abierta para los desgraciados, y no se vanaglorie de sus beneficios.

«Que cuando un pobre vaya á llamar á su puerta, que le reciba, le lave los pies para descansarle, le sirva él mismo y coma lo que él deje, pues los pobres son los elegidos del Señor.

«Pero sobre todo, que evite en el curso de su vida hacer daño á nadie; amar á su semejante,



protegerle y asistirle, que es una virtud de las más agradables para Dios.»

Hé aquí ahora la parábola del pescador:

Volvia Christna de una expedición lejana, y entraba en Madura con sus discípulos, y los habitantes de aquella ciudad habian ido en tropel á su encuentro, sembrando el camino por donde iba á pasar de hojas de cocotero.

El pueblo se paró á alguna distancia, pidiendo oír la palabra santa. Christna subió á una pequeña eminencia que dominaba la multitud, y empezó así:

«A las orillas del Ganges, más arriba de los sitios ó de los centenares de brazos que dividen su curso sagrado, vivia un pobre pescador llamado Dourga. En cuanto amanecía se iba al rio para hacer allí sus abluciones, segun la usanza prescrita en los libros santos, teniendo en la mano una rama acabada de cortar de la yerba divina del cousa, y recitaba la plegaria de la Savitré, precedida de las tres palabras místicas: Bhour, Bouvah, Souar.

»Purificados ya el cuerpo y el alma, se puso á trabajar con ardor para subvenir á las necesidades de su numerosa familia.

»Dios le habia dado por esposa una mujer con quien se habia casado teniendo tan sólo doce años, virgen y en la flor de su belleza, que le habia dado seis hijos y cuatro hijas que hacian su alegría, pues eran buenos y piadosos como él.

»El mayor de sus hijos podia ya ayudar á conducir su barca y á lanzar las redes, y sus hijas, encerradas en el interior de la casa, tejian los sedosos pelos de las cabras, para hacer con ellos

vestidos, y machacaban para la comida el jengibre y el azafran, con lo que hacian una pasta, que mezclada al jugo del pimiento encarnado, servia para condimentar los pescados.

»A pesar de un trabajo continuo, la familia era pobre, pues celosos de su honradez y de sus virtudes, los otros pescadores se habian reunido contra Dourga y le perseguian todos los dias con sus malos tratamientos.

»Tan pronto echaban á perder sus redes, ó durante la noche transportaban su barca á la arena, para que perdiese el dia entero en volverla á poner á flote.

»Otras veces, cuando iba á la ciudad más próxima para vender allí el producto de su pesca, le arrancaban á la fuerza sus pescados ó se los tiraban al suelo para que nadie se los comprase.

»Con mucha frecuencia Dourga volvia triste á su casa, pensando que llegaria un dia en que no podria subvenir á las necesidades de su familia.

»A pesar de esto, no faltaba jamás en llevar los más hermosos pescados á las santas ermitas, y recibia á todos los desgraciados que iban á llamar á su puerta, les abrigaba bajo su techo y dividia con ellos lo poco que poseia, lo que daba motivo á las burlas de sus enemigos, que le enviaban todos los mendigos que encontraban, diciéndoles: «Id á casa del rico Dourga, que es un nabab disfrazado que pesca sólo por distraccion».

»Y de este modo se burlaban de su miseria, que era obra suya.

»Pero no tardó en declararse una horrible hambre que desoló el país entero, habiéndose perdido



por completo la cosecha del arroz y de los granos menudos. Los pescadores enemigos de Dourga se vieron tan miserables como él, y no pensaron ya en atormentarle, frente á la desgracia comun.

»Una noche que el pobre hombre volvía del Ganges, sin haber podido pescar nada, pensando que no tenía nada ya en su habitación, se encontró al pié de un tamarindo un niño que lloraba llamando á su madre.

»Dourga le preguntó de dónde venía y quién le había abandonado de aquella suerte.

»El niño respondió que su madre le había dejado allí, diciéndole que iba á buscar de comer.

»Conmovido Dourga, tomó al niño en sus brazos y lo llevó á su casa. Su mujer le dijo que había hecho bien en no dejar morir de hambre aquel inocente.

»Pero ya no había ni arroz, ni pescado ahumado; la piedra del carry no había resonado aquella noche bajo la mano de las jóvenes.

»Ma (1) subía silenciosamente en el orbe celeste; toda la familia se reunió para la invocación de la noche.

»De repente el niño se puso á cantar:

— «El fruto del cataça purifica el agua; del mismo modo los beneficios purifican el alma. Toma tus redes, Dourga; la barca flota en el Ganges, y los pescados esperan.

»Esta es la noche décimotercia de la luna; la sombra del elefante cae al Esté, los manes de los antecesores piden miel, manteca clarificada y arroz cocido; es preciso ofrecérselo. Toma tus redes,

(1) La luna.

Dourga; la barca flota sobre el Ganges, y los pescados esperan.»

»Dourga, asombrado, creyó que sería un conserje venido del cielo, tomó sus redes y bajó con el más robusto de sus hijos á las orillas del río.

»El niño les siguió, subió á la barca con ellos, y cogiendo una rama, se puso á dirigirla.

»Trece veces las redes se lanzaron al agua, y cada vez las sacaban llenas de pescados, teniendo que ir á la orilla para aligerarla de peso. La última vez, el niño desapareció.

»Loco de alegría Dourga, se apresuró á llevar á su familia con que apaciguar el hambre, y pensando en seguida en calmar los sufrimientos de los demas, corrió á casa de los pescadores vecinos suyos, olvidando el mal que le habían hecho, y no pensando más que en hacerles partícipes de sus riquezas.

»Estos no podían creer en tanta generosidad; pero Dourga les distribuyó en el acto lo que le quedaba de su pesca milagrosa.

»Durante todo el tiempo que duró el hambre, Dourga continuó alimentando, no sólo á su familia, sino también á sus antiguos enemigos, y recibiendo á los desgraciados que acudían en tropel á su casa, pues no tenía más que echar sus redes en el Ganges para sacar una abundante pesca.

»Pasada el hambre, la mano de Dios continuó protegiendo al pescador, y se hizo tan rico, que pudo levantar á sus expensas un suntuoso y magnífico templo que los peregrinos de todos los extremos del globo venían á visitar y hacer allí sus devociones.

»De este modo, habitantes de Madura, debeis



proteger la debilidad, ayudaros unos á otros, y no acordaros jamás de los males que os ha causado un enemigo desgraciado.»

Esta era la doctrina de Christna, de aquel reformador del que los brahmas hicieron un dios para confiscar en provecho suyo la revolucion moral que habia intentado llevar á cabo.

Christna era sencillo en su enseñanza y en sus costumbres; sus discípulos, en vez de seguir sus huellas, prefirieron unirse á los brahmas, que los recibieron en su seno, dividiendo con ellos honores y riquezas. A cada revolucion religiosa, los pueblos no han hecho más que cambiar de dueños.

Las puras nociones de la Divinidad las conservaron los brahmas preciosamente para los iniciados, y el pueblo fué sumido por cálculo en las más groseras supersticiones, y cada vez que era preciso robustecer el poder sacerdotal, inventaban millares de dioses en el cielo, y millares de demonios en el infierno, para dominar mejor á la plebe, unas veces por el terror, otras por la devocion.

Yo habia enviado á Jaffnapatnam mis dos criados y mi carreta de bueyes, que habia traído de Wannapané para hacer algunas excursiones durante la fiesta, y contaba con llegar al dia siguiente por la mañana al belatti-bengalaw, aprovechando la frescura de las primeras horas del dia.

Nada hay más encantador que un paseo por la mañana en aquellos países ecuatoriales cubiertos de bosques de cocoteros, de grandes tulipíferos de flores rojas, y cuyas hojas cubiertas de rocío irradian con mil colores á los primeros rayos del sol levante.

¡Y qué espectáculo tan magnífico se ve, si llega uno al bosque ántes que el resplandor del sol dore el horizonte! Como los millares de pájaros que pueblan aquellos bosques se duermen tarde para gozar sin duda de la frescura de la noche, gorjeando, cantando y piando de rama en rama, la aurora los sorprende sumergidos en profundo sueño.

Apoyaos en alguno de aquellos árboles seculares de baobab, mirad y escuchad.

Del fondo de una hoja de plátano que ha doblado artísticamente el bengali para abrigar sus amores, vuela á una rama próxima; el bouboul, ese fiel servidor de la diosa Lakmy, ya le ha precedido, y los dos empiezan un duo admirable de trinos y gorjeos. Los grandes guacamayos de pico amarillo ó rojo y variado plumaje se lanzan gritando de rama en rama, azotando con el extremo de sus alas á los radjouvalas (1), para quienes empieza la noche cuando todo se despierta, y los loritos azules y verdes de Ceylan, que no viven más que por parejas, vuelan á los campos de cañas de azúcar, para recoger el azucarado rocío, que constituye su único alimento.

Estas deliciosas horas que he pasado en mis viajes me han compensado de todas mis fatigas y trabajos.

Como Wannapané dista tan sólo unas tres millas de Jaffnapatnam, consideré que sería para mí una distraccion agradable y poética volverme á pié hasta el bengalaw de Jaffna.

(1) Espécie de buhos.



Las gentes de la aldea, que habian visto pasar mis criados y mi carreta de bueyes, creyeron sin duda que yo tambien me habia marchado, y esta equivocacion me hizo contemplar al dia siguiente el espectáculo más raro y extraño.

Como un objeto de higiene, que la idea religiosa ha consagrado despues para darle más peso, los indios están obligados diariamente, al salir y ponerse el sol, á hacer abluciones generales.

Los brahmas las hacen en los estanques sagrados de la pagoda, que sirven tambien para purificar los vasos sagrados y otros instrumentos del culto. Las castas inferiores poseen estanques artificiales contruidos para este uso, cuando no tienen próximo al pueblo algun rio, riachuelo ó curso de agua donde puedan sumergirse.

El legislador Manou se expresa así sobre esta costumbre:

«El que conoce la santa escritura y quiere mantenerse siempre en estado de pureza, debe tener cuidado de no olvidar hacer sus abluciones.

«Para esto debe buscar las aguas vivas de las corrientes y los sitios apartados, empleando la mano que no sirve para el alimento, y con el rostro vuelto hácia el Oriente ó el Norte.

«Que haga siempre la ablucion con la parte pura de su mano consagrada al Veda, ó con la que saca su nombre del Señor de las criaturas, ó con la que está consagrada á los dioses, pero jamás con la parte que deriva de los pitris (manes antecesores).

«La parte consagrada al Veda es la que está situada á la raíz del pulgar, la del Creador á la raíz del dedo pequeño, la de los dioses en la pun-

ta de los dedos, y la de los pitris entre el pulgar y el indice.

«Que beba por tres veces la que puede contener el hueco de la mano, que se enjague dos veces la boca con la parte baja del pulgar, y en fin, que moje con el agua su pecho y su cabeza.

«Un brahma se purifica con el agua que desciende hasta su pecho; un xchatria, por la que pasa por su garganta; un vaysia, por la que toma por la boca; un soudra, por la que toca con la punta de su lengua y de los labios.

«Pero despues de estas abluciones locales, el dwidja (1) de cada clase debe por tres veces sumergirse por completo en el agua; y que no olvide nunca que cada vez que tome su alimento con perfecto recogimiento, y terminada que sea la comida, se lave la boca de una manera conveniente, y lleve á cabo la ablucion prescrita en las seis partes hondas de la cabeza, los ojos, las narices y las orejas.

Los indios ricos mandan construir en sus casas de campo extensos estanques rodeados de escaleras como las gradas de un circo, para hacer sus abluciones cuando pasan allí alguna temporada, y permiten á los vecinos de los pueblos más próximos que pertenecen á la misma casta que ellos que se sirvan de él para el mismo objeto; habiendo, como es natural, estanques reservados á cada sexo.

La casa de campo de Soupraya-Chetty, en Wannapané, en la que acababa yo de pasar quince dias, poseia un estanque circular alimentado

(1) Fiel, regenerado.



por un manantial de agua viva, rodeado de palmeras y de bambúes entrelazados entre sí que formaban una barrera impenetrable.

Yo me habia vuelto completamente indio con respecto á las abluciones y á los baños, siendo un verdadero placer para mí meterme en el estanque á los primeros rayos del sol.

Mientras permanecí en Wannapané, ningun indio habia ido á hacer allí sus abluciones, y suponía que el dueño no habria concedido á los habitantes del pueblo ir á bañarse á aquel estanque, para conservarlo para su uso especial y el de su familia.

Pero estas suposiciones no eran ciertas, y sólo mi presencia habia alejado á los indios.

Como ya he dicho, habiendo terminado la fiesta, envié á mis criados la víspera para hacer los preparativos para nuestro viaje al interior, y aquella noche era la última que pasaba en la casa de Soupraya-Chetty.

Al rayar el alba, como de costumbre, fui á meterme en las aguas del estanque; pero iba ya á penetrar en el espeso follaje que le rodeaba, cuando oí hablar á corta distancia. Miré con precaucion por entre las ramas, y vi cuatro ó cinco mujeres jóvenes, que despues de haber colocado su *pagne* (1) sobre las gradas de piedra, bajaban al agua agarradas de la mano.

Yo me paré estupefacto... Aquel estanque estaba reservado á las abluciones de las mujeres, y entonces comprendí por qué se me habia dejado su uso exclusivo, y por qué, creyendo que ya me ha-

(1) Taparabo.

bia ido, volvian á tomar posesion de aquel sitio, lleno de frescura y de sombra.

A éstas siguieron bien pronto otras, y en nada de tiempo se llenaron las escaleras de mujeres de todas edades, que se sumergian en el agua, y haciendo tres veces las abluciones prescritas por la ley religiosa, volvian á subir, cogian sus taparabos, y echaban á correr por entre los plátanos y el laurel-rosa, para dejar lugar á las otras que iban viniendo.

El sol, al penetrar por el espeso follaje, inundaba con sus rayos ciertas partes del estanque, dejando otras en una misteriosa oscuridad. Aquel contraste de luz y de sombra, en medio de aquella esplendente vegetacion, con aquellas mujeres, que hubieran podido servir de modelo á la Vénus antigua, formaba el más extraño y al mismo tiempo el más extraordinario espectáculo.

De repente aparecieron riendo y charlando con alegría tres jóvenes de catorce á diez y seis años á lo más, cubiertas de magníficos *pagnes* de seda, seguidas de una vieja malabaresa, que se sentó al pié de un árbol.

Ya se habian ido casi todas las mujeres, y las tres jóvenes iban bajo la guarda del aya á hacer las abluciones ordenadas por Manou, aunque no las seguian con toda puntualidad, puesto que el gran legislador recomienda que se hagan cuando los primeros rayos de Sourya apuntan en el Oriente.

Llegadas al pié del estanque, se despojaron con un gracioso movimiento del *pagne*, y con los cabellos esparcidos, empezaron á bajar las gradas del estanque.



En el momento en que iban á arrojarse al agua, una flor roja, cuyo tallo se había enlazado con un flexible bambú, rozó el rostro de una de ellas; la jóven se paró, y cogiendo la flor, la colocó en sus cabellos.

Las flores atraen á las mujeres; tambien se les antojó á las otras dos jóvenes tener otra flor, y cogiendo el bambú, trataron de alcanzar un grupo de las mismas flores de la misma clase, que desgraciadamente no estaba á su alcance. Pero cogiendo una de ellas la rama, la inclinó cuanto pudo, miéntras que las otras dos la levantaban para que llegase adonde estaba aquella flor tan deseada.

Un pintor hubiera dado diez años de su vida por poder contemplar aquel grupo de tres jóvenes tan delicadas como perfectas de formas, formando un grupo gracioso en medio del follaje, y juntando sus graciosos esfuerzos para coger una rama florida.

Yo no creo que el arte, en sus concepciones más ideales, pueda llegar á luchar jamás con el más pequeño esfuerzo de la naturaleza. Cuando se ha vivido muchos años léjos de las ciudades, en los viejos y húmedos bosques del Norte de la América, ó en medio de la espléndida vegetacion de la India, no se comprenden esas discusiones y querellas bizantinas, en las que ciertos artistas llegan á sostener que el arte debe idealizar la naturaleza, es decir, aumentar su grandeza, su encanto, su hermosura, su poesía, á todas las grandezas, encantos, hermosuras y poesías que en sí encierra...

Sin mezclarme en ese debate, en el que con-

fieso con humildad no tengo pretension alguna, creo que el pincel del hombre no puede imitar jamás un paisaje natural iluminado por un rayo del sol.

El arte es la representacion de la naturaleza, y no es ni puede ser otra cosa; y sólo el orgullo humano puede presumirse que vence á la naturaleza al reproducirla.

En los países ecuatoriales, en que el Océano, el lujo de la vegetacion, la grandeza de los puntos de vista, y un sol que colorea de fuego cuanto toca, se reúne todo para asombrar y encantar al mismo tiempo, hay paisajes por doquier que cada uno ha pintado y que nadie ha hecho... ¡Y cómo me rio yo de los pintores que pretenden *idealizar* la naturaleza cuando, sentado en uno de esos sitios, contemplo su magnificencia!

Es imposible que haya cuadro alguno que pueda reproducir la gracia, la frescura y la verdad de aquella escena de baño en el estanque de Wannapané.

Las tres malabaresas habian desaparecido ya hacía tiempo, y yo permanecía aún absorto en mis pensamientos.

El sol estaba ya alto en el horizonte, cuando me decidí á partir, teniendo que apresurarme para que el calor no me cogiese en el camino de Jaffnapatnam.